



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

**PACHAKUTI
Y OTRAS PÁGINA POLÉMICAS**

1948

Fernando Romero Moreno

Auspicia la difusión del conocimiento

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz - Bolivia

INDICE

[Pachakuti y Otras Página Polémica](#)
[Pachakuti un llamado a la nación y a la mudanza](#)
[Mundo Exterior](#)
[Mundo Interno](#)
[Mensaje](#)
[Magnífico Ignorante: Respuesta a Papini](#)
[La Noche Triste de Pachakuti](#)
[El Arquero Divino](#)

Pachakuti y Otras Páginas Polémicas

Con la Denuncia por defraudación
de impuestos contra los multimillonarios
Patiño y Aramayo.

A los Bolivianos dedico,
este libro que les
pertenece, porque lleva
la buena nueva de una
Patria mejor.

Pensé componer un libro sobre mitos y sucesos del Ande, para entregarlo a mi solar natal, en homenaje a su Cuarto Centenario.

Tenía dos tercios del nuevo libro terminados. Pero en los primero días de abril de 1948, el deber pudo más que el arte. La ética es antes que la estética. Suspendí mis sueños de artista. Dejé inconcluso el "Libro de Nayjama". Y entré con la pura fe de un niño a ese campo de batalla que unos llaman: la política. Y que para mí sólo es simple deber humano, moral social, pasión de servir a los demás.

Que La Paz me perdone si no le entrego un libro más para gloria el 20 de octubre.
He preferido poner los sueños rotos del artista y las ansias vivas del hombre, al servicio de Bolivia.
Bolivia, madre santa, sabrá recoger la humilde ofrenda.

Fernando Diez de Medina.

“PACHAKUTI” UN LLAMADO A LA NACION Y A LA MUDANZA

Conferencia pronunciada
en el Teatro Municipal de
La Paz, 14 de Abril de
1948, día de las
Américas.

Cierto día, discutiendo sobre problemas de este pequeño gran país, recogí de labios respetables esta frase que resume nuestro drama nacional. Dijeron:

— El país tiene un fondo de inercia que lo arrastra todo hacia abajo. ¿Para qué luchar?

Esta frase condensa el sentir de muchos bolivianos; explica por sí sola el desorden, la indiferencia, el hondo escepticismo en que vivimos. Al primer tropiezo sobreviene el desaliento. Se duda de sí porque se desconfía de los demás. Todos quieren progresar, pero nadie se siente obligado a servir a su comunidad. Y si algunos levantan fortuna con ayuda de esas mismas gentes que después despreciarían, abandonan suelo y pueblo para abrir su carpa bajo cielo extranjero.

Pocos, muy pocos sueñan prosperar y arraigar en esta bendita tierra. La quimera del transplante quema la sangre. Los mejor dotados se pasan la vida tras el ansia transatlántica: conocer París, Londres, Ginebra. Los que no lo alcanzaron, se amargan por la suerte de los que se fueron; los que regresan se amargan también si no pueden volver a partir. Y éstos son los más peligrosos, porque no vuelven a enseñar, a levantar, sino a censurar y a deprimir. Sueñan en difusas lejanías. Beben el pérfido zumo del descontento. Se sienten desadaptados en su patria.

¿Qué se puede esperar de esas almas melancólicas que viven más allá de la frontera geográfica? Y si miramos adentro ¿qué se puede pedir a los resignados, a esos guerreros sin combate, porque carecen de una fe, ese mágico poder de creación que dignifica al ser humano?

Dos graves males corroen al boliviano: la fiebre de emigrar, el espíritu de negación y desaliento. Unos se alejan en demanda de vida regalada; otros se someten al retraso y al desorden, acaso por juzgar que habiendo partido retrasados en la marcha del progreso, sería imposible recuperar la pérdida inicial.

Falsos mirajes, sentires perniciosos.

Ese fondo de inercia que lo tira todo abajo, es la máscara que encubre nuestra falta de voluntad. El espíritu de fuga, es debilidad emboscada en ansia de progreso. La negación y el pesimismo, solo delatan pereza, indisciplina, incapacidad de riesgo y sacrificio. A los incrédulos que piensan que las pequeñas patrias se extenuan lentamente, a los negadores de su suelo, a los desdeñosos de su pueblo, yo les digo:

—¡Mirad el estilo grandioso de nuestras montañas! Aprended por ellas cómo se endurece la voluntad, cómo un alma sensible se afina, cómo el dolor de ser se transforma en la alegría de vivir. ¿No sois capaces de alcanzar grandes fines? Es porque carecéis de altos pensamientos, por olvidar el mensaje del suelo y de la raza. Regresad al estilo secular de la montaña, inmenso

maternal, activo y reposado a un mismo tiempo. ¡A la verdad telúrica! Al fondo metafísico de la adusta cordillera: ahí está la fuerza tranquila del futuro, el vibrante acicate del presente.

Porque "Pacha", el genio de la tierra, pide una fe en Bolivia, una disciplina colectiva.

"Pacha", el bisabuelo inmemorial de las cosmogonías fabulosas, pide una ética responsable, una estética de esperanza.

"Pacha" pide que como el suelo mismo, el poblador reverdezca en la estación triunfal nutrido por sus propios jugos. Y así como las hojas se tiñen con la tenuidad de un verde sutil, apenas la primavera despunta en el juego clorofílico, que cada primavera sea una epifanía de amor, de fuerza creadora, en el anhelo de las almas.

Nuestras ciudades no son muy grandes ni muy modernas. Nuestros campos yacen despoblados. Blancos, indios y mestizos, habitan tres mundos diferentes: aun no logramos el tipo nacional homogéneo. Pero la montaña es fuerza ignorada, usina de energía. El valle esplende cálidas promesas. Selva y llanura pugnan por romper un sopor de milenios.

¿Por qué desesperar?

Amemos varonilmente lo que nos fue donado. Edifiquemos con la arcilla primordial. Olvidemos al que huye y al que niega. Volvamos la mirada al que genera y fructifica en la tierra materna; al dominador del monte, al hortelano de su huerto, al conquistador del bosque y de los llanos; al laborioso poblador de las ciudades rumorosas. Uno que se hace por sí solo, uno que lucha diariamente con la naturaleza y consigo mismo, uno que busca su grandeza en la unidad indivisible de suelo y poblador. Uno que hace, haciéndose. ¡Esa es la Patria!

Creo en la inmensa soledad entrañable de esta nación nocturna. Creo en la augusta quietud del paisaje primordial, de su habitante secular. Creo en el misterioso poder de recuperación de los pueblos olvidados y remotos. Creo en las pequeñas patrias que se alzarán a despicho de las grandes.

Y cuando los negadores me hablan del europeo y del yanqui, los que tienen el máximo de necesidades, los seres perfectos, racionales, organizados para la voracidad y para el mando, los arquetipos de civilización, yo les contesto:

— Prefiero vivir entre mis indios apacibles. Mis cholos levantiscos, mis blancos criollos todavía huraños al frenesí transeuropeo. Estos son mis hermanos de angustia y de alegría.

Porque el estilo lento, señorial, de la América mestiza, está cargado de humanidad y de sentido.

"Pacha", entonces, se sobresalta en la tempestuosa cordillera. Sus Vértebras de piedra se disparan a la lejanía: una cima, otra cima, cinco, diez, cuarenta... ¡El huracán! Y del contacto de los cascados nevados con el basalto, brotan chispas velocísimas: dí tu verdad, dí tu verdad, dí tu verdad. He venido a decir esa verdad.

PACHAKUTI

Los Incas, nuestros abuelos, sapientísimos maestros de la ciencia civil y el arte militar, llamaron al milenio "Pachakuti".

Cada mil años — decían ellos — el mundo se deshace y vuelve a renacer. La tierra y la edad de trastornan: todo muda, todo perece, todo vuelve a organizarse. Porque las edades del mundo se cuentan por soles y cada ciclo solar para el andino se componía de mil años. Un milenio, un sol, eran pues para el amauta las revoluciones de la naturaleza que afectan al desarrollo de la sociedad humana. "Pachakuti", que hoy solo tiene para el estudioso un valor de periodo cronológico, fue para el antiguo clave cosmogónica y símbolo de pujanza colectiva. Porque esos

Incas descendientes de los Kollas, tenían la intuición profunda del cosmos, organizaban su vida civil y agriarían de acuerdo a la ley telúrica; eran verdaderamente los Hijos de la Tierra, los que nacen, prosperan y se hunden en el suelo original. Y adoraron la montaña, deidad secreta, antes de alzar su religión al júbilo del astro.

Para educar al pueblo en la contemplación de los fenómenos físicos y en la observancia de las reglas políticas, inventaron los amautas el concepto sutilísimo del milenio solar. Concepción profundamente religiosa, que brotada de la mente kolla, daba un sentido primero destructor, después renovador, mítico y profético a la palingenesis andina. Porque "Pachakuti", que literalmente se traduce por "cambio o se trastornó la tierra", posee un doble valor activo: por una parte es cataclismo, por otra resurrección.

Te destruirás, renacerás. ¿No es la historia del mundo?

La sociedad humana como el reino telúrico se transforma sin cesar. A decaimientos fatales, corresponden renacimientos periódicos. Tiempo y mundo se organizan por la variedad y la mudanza: nada queda, todo transcurre y se reforma. Pero es en el tránsito de un milenio a otro milenio que suceden los cambios más profundos; y si no sucedía así en el rigor cronológico, el amauta lo enseñaba así, para sujetar a un principio de orden la sucesión natural de los hechos y su representación intelectual. Por eso agregó después los "Pachakuti" intermedios o ciclos de quinientos años, para llenar el inmenso vacío entre un milenio y otro.

Primero es el cataclismo, castigo de Dios. Luego el resurgimiento, nueva fuente de vida y de progreso. Porque cada edad encuentra fin para que otra pueda hallar principio. Y cuando los hombres se cansan de sus leyes y costumbres, y sus almas fatigadas piden cambio, se rompe también la armonía de la naturaleza, y el aire, el fuego, el agua, la tierra, abandonando el equilibrio cósmico se entregan al fuego destructivo que ha de fecundar su nueva morada. "Pachakuti" es pues, como apunta el filósofo, un período crítico en la vida de la tierra y del hombre, que si principia en calamidad y perdición, termina siempre en nacimiento, en recomposición de las formas políticas y sociales.

Por eso de "Pachakuti", concepto metafísico del tiempo y del espacio aplicado a la sociología andina, deviene "Pachakutec", como se llamó al Inca insigne, "el reformador", el que lo trastornó y lo volvió a organizar todo.

Pero el vocablo mágico tuvo también un sentido ético, de vieja sabiduría civil. Cuando las cosas andaban mal, el amauta decía: "esperemos, todo pasará". Si en la bonanza se relajaban las costumbres, agregaba el amauta: "cuidado, temamos el castigo". Y el divino concepto, llave cosmogónica y cronológica del antiguo, fue también la herramienta práctica que los Incas inventaron para manejar por el temor y la esperanza los imperios andinos.

Volvamos pues al ancestro, al pasado entrañable y rico de enseñanza, para resolver con sapiencia india nuestros problemas actuales.

¿Cómo debemos ver el drama nacional en los últimos cien años? Después de Ingavi todo se presenta sombrío al ojo boliviano: derrotas, mutilaciones, desorden interior, miseria. La Nación se estructura penosamente, en medio de la confusión y del motín. Un observador imparcial se preguntará asombrado: "¿Cómo es posible que aun exista un pueblo tan pequeño en tan enorme territorio, después de haber soportado desastres tan inmensos?".

A primera vista, Bolivia aparece un contrasentido geográfico, étnico, político. Ahondando el mirar, su grandeza humana brota de su propia debilidad nacional. No somos desdichados; somos planta tierna. Hay que rebelarse contra el destino: ¡no hay fatalidad histórica! Es que estamos en crisis de crecimiento.

Y al desconsuelo de los quejumbrosos, a las críticas estériles, a los fatalistas y a los agoreros, yo les respondo en nombre de Bolivia, madre santa:

— Los últimos cien años, son la sombra destructora del primer "Pachakuti" republicano. Fuimos castigados para ser probados. Pero llega la hora del resurgimiento y una inmensa tarea llama a nuestras puertas. Es la hora de la acción. Hay que cambiar aquello del "estoicismo boliviano", por el espíritu de empresa. Por la dinámica social. ¡Fuera conformismo e indolencias! Hay que sacudir los cuerpos y conmover las almas. Despertar al dormido — como pide el maestro —: que todos vivan inquietos y anhelantes. Porque el drama nacional es uno de pesimismo y de indolencia. Y si aspiramos a la gran nación futura, debemos comenzar por crearnos un nuevo sentido de patria, una mística de acción, una fe en el suelo que pisamos, un esfuerzo compartido con el pueblo que lo habita.

"Pachakuti"! Bolivia toma conciencia de sí misma. Cada boliviano es un soldado en campaña de resurgimiento.

MUNDO EXTERIOR

Lo esencial, lo primero que debemos preguntarnos, antes de plantear nuestro problema colectivo, es cómo andan las cosas por el mundo.

En medio siglo, la sociedad humana ha trastocado sus valores. Todo se dio vuelta, se mudó, se descompuso; todo anda en trance de transformación para volverse a organizar, y esa nueva estructura jurídica, económica, social, está en marcha todavía. O tal vez apenas comenzó. Hablamos vagamente de fascismo y bolchevismo, de las dos guerras mundiales, de economía dirigida, del relativismo einsteniano, de la desintegración atómica, sin comprender exactamente cómo actúan estos hechos formidables en la conciencia del civilizado. El hombre de hoy no es el hombre de ayer. Europa se desintegra, caduca de saberes y sistemas; su cultura de arrastre, de superposición, ya no satisface los modos vitales de la muchedumbre occidental. Y el pensador, angustiado, reflexiona: la razón europea, nuestra hermosa razón, se ha convertido en demencia. Nuestro dinero en papel. Nuestras máquinas solo saben disparar y producir explosiones. Nuestro arte es un suicidio. Estamos en pleno ocaso. Roto el equilibrio entre los valores materiales espirituales, se produce la confusión de alma y mundo, se debilita el poder de dominio organizado sobre la materia. La mente resulta muy pequeña para enfrentar un mundo monstruosamente grande. El occidental, semivencido, reconoce la insuficiencia de su viejo instrumento lógico. Es el caos: la impotencia de la razón aplastada por la técnica.

Ese hombre occidental, ese europeo que a pesar de su caída y de su ruina sigue siendo un tipo superior de humanidad, al ver derrumbarse sus creencias filosóficas, morales y políticas, busca ansiosamente una nueva estructura ideal que le permita restablecer su seguridad perdida, rehacer su vida interior, recomponer el proceso colectivo de acuerdo a las nuevas formas conviventes que ha creado el espíritu científico. El moderno se va despojando de la cáscara racionalista, para vestir un pelaje cuyo nombre ignoramos todavía. Es la muda, la muda resuelta y violenta, el tránsito de un estado psicológico y social, a otro que puede resultar mejor o peor, mas que nadie puede eludir, porque la criatura humana, hija de la naturaleza fue hecha como ella para el cambio; vive inmersa en la eterna evolución del mundo, en el juego movible y variable de las ideas. Vive transformándose.

Dejemos, por ahora, el enmarque filosófico, la crítica de nuestro tiempo, para situar en forma simplista el proceso de un mundo convulso.

¿Qué es lo que el hombre actual se pregunta con angustia?

El hombre actual reduce la filosofía, los esquemas jurídicos, el mecanismo colectivo, a un planteamiento vital, fundamental, lacónico y sintético. El hombre actual pregunta: si hoy vivo mal ¿cómo viviré mañana? El problema político, el problema espiritual, se han vuelto problema del hambre, instancia de seguridad y de reposo. Esas guerras de exterminio, esa crueldad política sin término, esos éxodos espantables, esas muchedumbres famélicas que recorren los campos devastados de una Europa en ruinas, están creando un nuevo sentimiento de la vida en la conciencia humana. Se quiere la paz interior, la seguridad, la nueva seguridad del individuo, de las

cuales fluye el equilibrio social; y como la vieja sociedad no puede darnos paz, seguridad ni equilibrio, los hombres luchan por una nueva sociedad que sustituye los valores perdidos por mejores sistemas de ordenación y convivencia. Y el pivote en torno al cual gira el mundo moderno es el problema económico, que es en verdad problema moral, problema religioso, porque un principio de justicia anima el esfuerzo humano en la vida de conjunto. El Cristo lo enseñó: amar es compartir y renunciar.

Filósofos, pensadores, hombres de espíritu, nos dicen: la civilización utilitaria ha hundido al hombre en el vacío. Necesitamos volver al espíritu, una purificación interior, un nuevo ascetismo que permita reconstruir un mundo culto. Los economistas responden: la riqueza está mal distribuida. El día que tenga cada cual lo suficiente para una vida digna, habrá sociedades estables y Estado orgánicos. Y ambos tienen razón.

Dos grandes tendencias se disputan el dominio mercantil: la escuela liberal y la economía dirigida. Los unos entienden la libertad absoluta, los otros exigen el control riguroso. Pero lo cierto es que, abriéndose campo entre la resistencia desesperada de los primeros y las exageraciones de los segundos, el mundo marcha inexorablemente a la sociedad planificada, tomando lo mejor de ambos sistemas; libertad individual limitada por la necesidad colectiva; intervencionismo de Estado razonable, equitativo, que no anule al individuo, pero que tampoco lo convierta en amo y explotador de los demás. Es la democracia orgánica, el sistema social prudente y fuerte, que evita por igual la hipertrofia del dinero y la miseria convertida en dictadura de clase.

¿Cómo impidieron las grandes naciones la revolución política, siempre temible y destructora? Realizando por propia iniciativa la revolución económica, más justa y menos disolvente. El hombre puede usar, mas no abusar del dinero; y el mejor medio para prevenir la conmoción social, consiste en robustecer al Estado, en acatar sus leyes, en limitar el poderío excesivo de los menos, para asegurar un mínimo honorable de subsistencia a los demás. Esa tendencia al equilibrio económico, es la única defensa de las democracias contra el señuelo comunista. Porque solo hay descontento donde hay miseria. Y la historia del mundo es la eterna pugna entre los que acumulan demasiado y los que ya no pueden soportar su pobreza y su abandono.

Por eso Roosevelt, caudillo de la nueva humanidad, crea el "newdeal" y pone freno a los monopolios devoradores. Por eso Inglaterra, maestra política del mundo, instauro el laborismo que está convirtiendo en algo nuevo su vida nacional. Y en nuestra América, el "nuevo orden" proclamado en el Brasil, la Argentina resurgente de Perón, marchan por esa misma senda de equilibrio económico y justicia social. El privilegio fue sustituido por la igualdad de oportunidad: todos pueden progresar si sabe responder. Y la riqueza no es inviolable del cual se ha de disponer sin freno, sino el instrumento creador que la sociedad pone en manos del hombre para que le dé función colectiva, para que la sirva mejor.

Si el siglo XIX estuvo al servicio de una idea de lucro, el siglo XX está al servicio de un principio de justicia. Cada día habrá menos ricos, pero cada día habrá más dichosos que disfruten una vida compatible con el decoro del ser humano.

El nuevo orden económico tiende a la salud general, a la seguridad de cada uno, antes que al regocijo y la abundancia excesiva de los menos. Y el choque ideológico, la pugna política de Nueva York contra Moscov, no es en buena cuenta otra cosa que el conflicto secular de individuo y colectividad, de donde saldrá mañana la sociedad futura que ya se viene perfilando: la comunidad planificada, ordenada y regulada por la necesidad común, sin dejar por ello de respetar la dignidad del individuo.

Hay dos modos de pasar de un orden caduco a otro nuevo: la revolución o el impuesto. Los estados totalitarios acuden al primero, confiscan la gran propiedad y la pequeña, se adueñan de la economía, imponen sus ideas con la misma violencia que sus métodos, anula al hombre en holocausto de un Estado hipertrófico. Las democracias, más ecuanímes, respetan al ser humano, le conceden libertad en cuanto ella no atente contra la seguridad colectiva, pero buscan también el

equilibrio económico nivelando las fortunas por medio del impuesto; y a la postre el Estado controla y distribuye la producción de modo que sus beneficios recaigan efectivamente sobre las mayorías.

La realidad mundial, la aspiración de los pueblos. Es hoy la economía planificada de tendencia socialista, como ayer lo fue la consigna liberal. Y como el planeta es ahora una inmensa malla de fuerzas convergentes que se atraen, se repelen, se equilibran y pugnan entre sí, sin perder contacto íntimo, porque política, economía, cultura se corresponden y se anudan como partes del mecanismo social, común a todas las naciones, pueblo que se resista a mudar es pueblo condenado a perecer.

Se explica que algunos ciegos y algunos ignorantes sigan aferrados a la economía liberal, según la cual cada uno hace lo que quiere con su dinero. Pero esos embobados nada podrán contra la evolución filosófica y política de la sociedad humana: quedarán solos, están ya solos. Habitantes de otro planeta, moran en un mundo irreal, son hombres anacrónicos, más dignos de compasión que de combate.

El ojo que mira por fuera contempla un panorama general de transformación en las ideas políticas, de evolución en los sistemas económicos. El multimillonario desaparecerá de la sociedad futura. Baste señalar que EE.UU. ha probado el sueldo máximo de 25.000 dólares y en Inglaterra los grandes rentistas entregan la mayor parte de lo que reciben al estado.

¿Se quiere medir el abismo que media entre nosotros y el mundo civilizado?

Un solo ejemplo: mientras en otras naciones las fortunas se limitan y nivelan, pasando al Estado la mayor proporción de la renta privada y quedando solo un saldo menor para el rentista, en Bolivia es justamente a la inversa; el fisco reclama la porción menor y el rentista dispone libremente de sus grandes ganancias. Y aun esto, es teoría porque en el hecho pocos son los acaudalados que pagan sus tributos, y muchos los que burlan el impuesto.

¿Bolivia pertenece económicamente al mundo civilizado de 1948, o es un pequeño reducto feudal del monopolio, desconectado y al margen de la realidad mundial?

La respuesta pertenece a otro capítulo.

MUNDO INTERNO

Nosotros vivimos en el mundo de paradoja. Somos un pueblo increíble: el rico-pobre. O el pobre rico. La naturaleza nos lo dio todo; no supimos aprovechar nada. Potencialmente opulentos, intrínsecamente míseros, los bolivianos no sabemos administrar nuestra riqueza nacional.

Tiene en Bolivia el dinero un sentido mágico de fuga, de evasión. Capital que surge es capital que huye, apresurado, desalado, como si alguien le pisara los talones. Durante la Colonia, la plata de nuestras montañas solo sirvió para llenar las arcas españolas. Durante la República, el estaño solo sirve para formar sociedades financieras en el exterior. Quedaba una esperanza: la gran industria, pero la gran industria, contagiada de ese morbo de espanto y de huida, ha comenzado a emigrar silenciosamente a los países vecinos. Nuestras fábricas manufactureras se van reproduciendo en Santiago, en Buenos Aires; solo que ya no son manufacturas nacionales, sino fábricas chilenas, argentinas. Y aunque ese desdoblamiento industrial se haya logrado con las divisas que el fisco boliviano entregó a los grandes industriales para desarrollar la manufactura nacional, fuerza es reconocer que el gran capital, en este país, está como embrujado: cuando no puede salirse por la puerta o las ventanas, se filtra por los muros, pero se escapa siempre, porque el hombre de empresa se acuerda de Bolivia para pedirle y sacarle fortuna pero se olvida y reniega de ella cuando se encuentra potentado.

El ausentismo de capitales es solo un aspecto del problema. Hay cosas más graves.

Veamos, por ejemplo, la cuestión tributaria. ¿Se concibe nación donde no pagan sus impuestos los que deben, sino únicamente los que quieren? Parece fantasía y es verdad. Un técnico en el ramo ha demostrado en certeros estudios que la carga tributaria en Bolivia, recae sobre el pequeño y mediano contribuyente, no sobre el mayor. Porque dos medios tiene el gran rentista para eludir el global complementario, impuesto que la ley señala a la riqueza progresiva; la organización de compañías en el exterior, a las que entrega sus acciones haciendo desaparecer por este medio la persona física sobre la cual recae el gravamen; o las acciones al portador, mediante las cuales elude igualmente el peso de la carga tributaria.

Nuestras leyes son inexorables con el empleado público o particular, con el pequeño rentista, con el obrero, con el profesional; con todos aquellos que al percibir remuneración o salario, sueldos o rentas determinadas, se obligan a declarar lo que perciben y a pagar al fisco lo que le corresponde. Pero esas mismas leyes se declaran impotentes frente al poder escurridizo del gran rentista, que asesorado por abogados hábiles en evadir la imposición legal, sortean diestramente las olas de la tormenta impositiva.

Solo un técnico en impuestos, podría demostrarnos la enormidad del fraude tributario. Yo me reduzco a pedir que se publiquen las listas de los ciudadanos que pagan el global complementario; su simple lectura bastaría para confirmar el aserto anterior: en Bolivia, pagan sus impuestos los que quieren y no los que deben pagarlos.

No es aventurado afirmar que si se lleva a cabo la reforma tributaria, si hay estadistas capaces de aplicar esa reforma aritméticamente nuestro presupuesto nacional se doblaría; es decir que en lugar de millar de millones que hoy tenemos para vivir pobremente en el curso de un año, el Estado se robustecería con un ingreso de dos mil millones, elevando el nivel de vida de la administración y aun pudiendo emprender obras de beneficio colectivo.

Un humorista ha clasificado a los ricos en tres categorías: los que tienen hasta un millón: los que tienen de uno a diez millones; y los que pierden. Esta clasificación que a simple vista parece broma, revela en el fondo un agudo conocimiento de la psicología del acaudalado. El que posee hasta un millón es generoso, desprendido, comparte lo que tiene con los demás, no tiene nada que ocultar. El que tiene de uno a diez millones, más cauteloso es ya algo reservado, confiesa a medias sus negocios, cede algo y se reserva la mejor parte. Calcula. Pero el que tiene más de diez millones, lo oculta todo y de todo se lamenta. Está perdiendo, los tiempos son malos, no puede dar nada porque apenas le queda para mantenerse.

Es increíble pero verdadero, salvo la excepción que no viene sino a confirmar la regla. Confieso que mi crítica se dirige a los muy ricos.

En Bolivia, desde que tengo uso de razón, la minería pierde, los industriales pierden, el comercio pierde, los afincados pierden los propietarios de casas pierden; hasta los banqueros, que cobran intereses y comisiones inauditos, pierden. Pero hállese de nacionalizar, o de socializar un negocio, y sus dueños ponen el grito al cielo: todos pierden, ésta es la teoría. Pero todos reparten buenos dividendos, se distribuyen fuertes sueldos, ensanchan sus negocios o disimulan sus ganancias mediante la inflación de gastos generales, los castigos y otros juegos de contabilidad. En el fondo todos viven contentos, pero protestan para que el fisco los deje en paz y no les pida más. Casi todos comenten fraude, porque el gran capital tiene a su servicio los mejores abogados, los mejores financistas, los mejores políticos; y a veces también los mejores escritores, que puedan demostrar en cualquier momento la pobreza franciscana de los potentados bolivianos.

Esto es vergonzoso. Esto hiere nuestra dignidad de ciudadanos. Esto debe terminar.

Y nada de ello viene dicho en son de ofensa, porque hay industriales, comerciantes, propietarios, hombres de negocios perfectamente honestos; pero están en minoría y nada pueden contra el egoísmo de los más.

Lo cierto es que en nuestro país la riqueza anda mal distribuida: casi no tiene función social. Y esto llega a tan extremo, que muchas veces ni los buenos decretos llegan a cumplirse,

porque su aplicación se enreda y se retarda en la densa malla de mecanismo jurídico. El Estado es impotente al medirse con los grandes intereses económicos.

¿Qué es lo que Bolivia necesita?

Aparte de la revolución espiritual, que nos restituya a la noble condición del patriota de verdad, necesitamos una nueva moral en los negocios. El hombre verticalmente honesto que confiese sus ganancias y las comparta en justa proporción con el Estado que le brinda amparo protección. Necesitamos hombres de mejor visión porvenirista, capaces de comprender que el excesivo enriquecimiento de algunos, debilita al Estado, empobrece a las clases media y bajas y tiende a romper el equilibrio social. Necesitamos mentes prevenidas, que al tiempo de pensar en su interés privado, piensen también en la conveniencia de su comunidad; porque no hay sociedad estable donde no existe moral individual. Necesitamos una profilaxia en la vida de relación entre Estado y contribuyente: debe cambiar la mentalidad del hombre de negocios, para que la sociedad boliviana se asiente sobre normas más dignas y más justas.

Es indudable que la reforma de nuestro sistema político y económico pertenece a los estadistas, a los legisladores, a los técnicos. Ellos deberán planificar la economía nacional de acuerdo a la realidad que vive el mundo civilizado; mas entretanto, y aunque solo sea en modo meramente enunciativo, permítaseme apuntar algunos tópicos de interés general.

Toda reforma de tipo evolucionista debe venir de arriba. ¿Pediremos al indio, confinado en sus campos, la solución de nuestros problemas? No. ¿Al cholo, hombre de tránsito, que recién inicia su educación política? Tampoco. La iniciativa corresponde a los intelectuales, a los economistas, a los técnicos, a los políticos y a los hombres de negocios, porque la más honda responsabilidad, la tarea mayor, corresponde a los que más alto se empinaron en la escala social. Y si hablamos de la urgencia de marchar a una sociedad mejor, en la cual cada uno sea responsable por sí y por los demás, será necesario comenzar por el principio: reemplazando el arcaico sistema feudal-liberal-plutocrático que nos rige, por otro verdaderamente democrático, paternalista, planificado, en el que cada cual encuentre la protección y también el freno del Estado. Porque no es solo un anacronismo, sino grave síntoma de descomposición social, que en este país haya personas o entidades más fuertes que el Gobierno Nacional.

En Bolivia hay que sacudir y removerlo todo: vivimos en un retraso de cien años. Política y económicamente, hay que romper con la Colonia. Nuestras leyes son deficientes, nuestro sistema crematístico arcaico, pesado, injusto. Si la legislación agraria es ominosa, el régimen tributario es irritante. Las grandes mayorías nacionales viven pobres y olvidadas, carentes de higiene y de instrucción, desnutridas, sin nexos evidentes con el cuerpo jurídico y social. Nos acordamos del indio para quitarles sus tierras. Nos acordamos del cholo para exigirles que luche por la libertad. Pero cuando llegan los buenos tiempos, seguimos explotando al indio y olvidamos la necesidad de los mestizos, desconociendo la verdad democrática que manda: Bolivia es crisol de raza, y ha de tomar su fuerza nacional elevando el nivel de sus muchedumbres.

No podemos hablar de patria en sentido integral, mientras el indio siga como paria y el cholo de elemento disolvente. Hay que terminar con los prejuicios raciales. Hay que redimir al indio, hay que dignificar al cholo. Porque éste es el material humano que nos fue donado; y todos somos responsables por su miseria actual. Porque patria no es la minoría desdeñosa y desconectada de la mayoría nacional, sino la minoría humanizada, sensible y comprensiva, entroncada, articulada con la realidad vital y activa de las muchedumbres que le dan origen y sustento. Patria es la necesidad de todos y no el regalo de algunos.

Y solo el día que cambiemos nuestra economía feudal, por una economía orgánica planificada, de tendencia socialista, equidistante del abuso y del temor, habremos fundado una democracia real para un pueblo libre y justo.

¡Alcémonos contra un pasado de orgía y de sangría! Evitemos que capitales muchas veces resarcidos, sigan produciendo riqueza que fuga en proporciones fabulosas, como la acaba de probar Consejo Nacional de Economía, al detallar las utilidades mineras evaporadas del país en los

últimos siete años. Que termine el fraude de las divisas; que se importe lo que el país debe importar, pero que no se improvisen fortunas a la sombra de la especulación cambiaria. Que todos paguen sus impuestos, y en especial los que más tienen. Y que concluyan también esas ganancias exorbitantes del particular a costa del fisco: esas concesiones, esos contratos, esos llamamientos a propuestas, esas regalías que hacen la riqueza de algunos a costa del hambre de los más. Basta de leyes burladas, de decretos incumplidos. Porque o la democracia política bate al monopolio económico, o el monopolio económico acaba con la democracia y hunde al Estado.

La Nación quiere ser nuevamente organizada, rechazando por igual la dictadura de las masas y la oligarquía financiera.

Aspiremos a la gran futura, donde todos convivan en la comunidad de leyes sabias, en el recíproco equilibrio de intereses. Propugnemos la intervención organizada de nuestras clases medias en política activa porque las clases medias, que carecen por igual de la inconsciencia masiva y del egoísmo plutocrático, forman la columna vertebral de toda democracia; y son las llamadas a dirigir la revolución económica en este país. De su seno saldrán las élites responsables. Los quipos de comando, esas generaciones de técnicos y profesionales que Bolivia necesita para ascender a la nación moderna.

¿Cuál sería un programa a largo plazo para transformar la economía nacional?

El socialismo de Estado como principio; y en el hecho, la nacionalización de las fuentes productoras. El Estado es el dueño de origen de las riquezas del suelo y del subsuelo, como lo manda la Constitución. ¿Por qué al adjudicar la explotación de esas riquezas al particular, se despoja implícitamente de tal propiedad? Minas, tierras, bosques, todas las fuerzas físicas y las riquezas naturales que hoy explotan sin control los particulares, pertenecen, de hecho y de derecho, al Estado Boliviano. En vez de dueños, debería haber, pues, simples contratistas, a los cuales la Nación concede la facultad de explotar y administrar esas riquezas, siempre que les den función social, de beneficio común. Y a los cándidos que esgriman el argumento de que la propiedad es intangible, habría que preguntarles: ¿No se nacionalizan las minas de carbón en Inglaterra, los ferrocarriles en Argentina, los sistemas de transporte y comunicación, y aun las grandes empresas industriales en otros países?

Mas el programa a largo plazo para estructurar una economía planificada en Bolivia, no es cosa inmediata. Hay que confesar que no estamos preparados para esa gigantesca evolución: no se pasa en un año de la democracia—feudal al estado—intervencionista, porque ello supone el vencimiento de ciertas condiciones previas en el desarrollo económico y en la formación cultural de los pueblos. El principio de un estado que absorba los monopolios privados, la transformación de la riqueza anárquica en riqueza nacional bien administrada, es un ideal al que todos debemos mirar.

Pero el programa a corto plazo es otra cosa: está aquí, al alcance de nuestras manos. Con solo apoyarse en las prescripciones de la Carta Magna, aplicando en forma práctica la sabiduría de la ley, podemos preparar el camino a nuestra liberación económica. El Estado debe asumir resueltamente la dirección superior de la economía nacional, como lo manda el artículo 109 de la Carta Constitucional. ¿Cómo ejercer la superior tuición del proceso económico? Interviniendo en el proceso de la producción y del consumo. Declarando el monopolio fiscal de las exportaciones. Exigiendo la entrega del cien por ciento de las divisas. Regulando el ejercicio de la industria y del comercio. Constituyéndose en el único adquirente de materias primas. Parcelando los grandes latifundios y dando una función dinámica al trabajo agrícola. Imponiendo la radicación de capitales para evitar el empobrecimiento general que hoy padecemos. Otorgando participación a los empleados en las utilidades de las empresas.

Pero la medida primordial, la más eficaz para responder a esa norma de justicia social que señala el artículo 107 de la Constitución, la manera más práctica y sensata de encarar la crisis de pobreza que el país padece, no puede ser otra que acudir de inmediato, de toda urgencia, a la reforma tributaria: porque el impuesto es la mejor válvula reguladora para nivelar fortunas sin trastornos sociales.

Hay que decirlo claramente: necesitamos una mejor distribución de la riqueza. Y a ella solo se puede llegar por dos sanos principios de economía social: 1º) que todos paguen sus impuestos sin excepción y sin demora; 2º) que se reforme el global complementario, aliviando a los chicos y aumentando las tasas de los grandes, de modo que en el hecho exista la imposición y ascendente a la gran renta.

Y que terminen las mistificaciones de los "holding", de las sociedades en el exterior, de las empresas que pierden, de las acciones al portador, de las industrias que filtran las divisas por el ingenioso juego de las materias primas y los cambios, de las grandes fortunas que se distribuyen en vida para burlar el derecho fiscal. En Bolivia, es doloroso, es humillante, pero es necesario decirlo, hay que legislar contra el fraude.

La Nación requiere un presupuesto anual de dos mil millones. Hoy apenas se recauda algo más de la mitad; y el nivel de vida del juez, del maestro, del empleado público; los salarios del campesino y del obrero, contrastan penosamente con el lujo y la abundancia de las clases altas. Eso está mal. Eso no debe continuar. Mas si el Estado despertase del asombroso sueño en que lo sumieron cincuenta años de economía liberal; si fuera directamente a la reforma impositiva aplicando cargas progresivas a las rentas mayores, creando nuevos sistemas de control que aseguren la rígida percepción de las contribuciones, evitando también la fuga de capitales y el éxodo industrial, estoy seguro que a muy corto plazo Bolivia tendría este presupuesto de dos millares de millones que requiere para cubrir sus gastos fundamentales, elevando el nivel de vida de sus poblaciones. Pero ese aumento del presupuesto nacional no debe emplearse en policías ni cuarteles, sinó en grandes campañas de alimentación, de higiene, de vivienda, para nuestro pueblo desnutrido, apiñado en albergues inhumanos.

En cuanto al temor de gravar al gran capital no temáis: minería, industria, comercio, latifundios pueden soportar mayores cargas de las actuales; y con mayor razón los dueños, porque el tributo personal es el que flaquea mayormente. ¿Por qué el fisco no lleva estadísticas de la riqueza privada, como pasa en todas partes? Si se supiera los bienes, las rentas y los impuestos que paga cada cual, habría una base científica para establecer la pésima distribución de la riqueza en este país de estructura económica feudal, donde hay ricos que pasan por pobres, y millonarios que eluden tributos por ignorar el sentido de la palabra "responsabilidad". Que se publique la lista de las personas que pagan el global complementario, y se verá si la crítica es fundada.

Nadie quiebra en Bolivia. Ninguna empresa se liquida por pérdidas. Nadie va para atrás; todos progresan. Pero todos se dan maña para protestar contra las leyes y eludir los tributos. Y si se quiere medir la potencia de nuestros grandes financistas, basta recordar que la alta minería, a pesar de sus continuas protestas de pérdida y quebranto, ha sacado del país, durante los siete últimos años, más de mil quinientos millones de bolivianos no obstante haber recuperado varias veces sus capitales de origen. Esas riquezas que fugan, esas leyes que se eluden, esos impuestos que no se pagan, esos decretos que no se aplican esos ministros que caen misteriosamente, son la demostración palmaria del monopolio económico a costa del bienestar general.

El ojo que mira por dentro, aconseja: si hasta hoy la nación estuvo al servicio del dinero, desde hoy el dinero debe entrar al servicio de la Nación.

No pidamos moderación al indio. No pidamos educación al cholo. Pidamos primero espíritu de justicia desprendimiento, responsabilidad social a las clases altas. El día que el blanco se humanice a la medida de sus deberes cívicos y cristianos, automáticamente mejorará el mestizo y se aquietará el indio. El malestar social que padecemos, es pues la consecuencia de la falta de visión de nuestras clases dirigentes y pudientes.

En toda democracia consciente, el ejemplo debe partir de arriba. Y cuando las élites fallan, nuevos elementos, más aptos, más enérgicos sustituyen a los que se cansaron de mandar y responder por ese mando. Por eso pedimos hoy una clase media activa y responsable, bien organizada, capaz de actuar como punto bascular entre la desesperación de los que nada tienen y el egoísmo de los poderosos. Pedimos una juventud idealista, dinámica, militante. Optimista siempre pero siempre inconforme, que ponga su inteligencia y su energía al servicio de un ideal de

patria nueva. Pedimos partidos que no vayan al poder para abastecer, sino para servir y organizar esta inmensa nación desordenada. Pedimos una fe en Bolivia, que sea una mística de acción y de mudanza, para que un día nuestros hijos no nos avergüencen preguntando:

— Padre: ¿por qué hablaban ustedes de libertad, si vivían esclavos del dinero?

El deber de nuestra generación es predicar y luchar por una mejor distribución de la riqueza. Es la justicia social. Es el equilibrio económico. Solo una sociedad económicamente justa, hará posible un Estado políticamente fuerte.

MENSAJE

Los redentores que necesita hoy la cultura — dice el pensador — son los que pueden traernos formas y no los que las rompen. Es evidente: si rechazamos la quiebra del humanismo occidental, ese aire de ruina y de extravío que sopla de los Alpes a los Andes. Debemos comenzar por tender a un humanismo americano, un nuevo estilo de vida, donde hombre y mundo vuelvan a reconciliarse en la unidad de espíritu y materia. Si Europa ha sido el saber de dominio, el ansia de expansión, América es un saber de alumbramiento, el anhelo de paz y ordenación.

¿Cuál será el estilo americano?

La libertad dentro del orden. La piedad de las almas. La salud de los cuerpos. El respeto a la dignidad del ser humano. El sometimiento voluntario, libremente consentido, al poder regulador de la comunidad que nos contiene. El espíritu de justicia, el equilibrio económico y social, la protección al débil y el freno al poderoso. Y sobre todo la generosidad, el idealismo, ese ímpetu romántico que si ayer encarna en Narciso Campero, el hombre del deber; hoy es espuela y acicate en la memoria de Busch, el hombre del valor. Porque Bolivia, como América, es romántica de esencia y de presencia. Y la sombra sublime del Thunupa andino, símbolo de amor y de virtud, se cierne por toda la extensión americana.

Al alma crepuscular del europeo, responde el alma matinal del sudamericano. No somos esclavos de conceptos; somos almas crecidas en libertad exterior, en anchuras interiores. Cierto que aun vivimos en la confusión, en la indolencia; pero ya se acerca la hora del choque de Norte contra Sur: la fuerza que se opone a la armonía, porque si del septentrión nos viene todo en forma de voluntad organizada, de actitud deportiva, de genio mercantil; del austro nacen las tensiones desinteresadas del espíritu, ese puro juego moral y emocional que constituye la verdad americana. Y del encuentro de la eficacia con la pureza, saldrá mañana esa sociedad mejor que todos anhelamos: generosa y romántica, práctica y bien organizada a un tiempo mismo.

América, la Bien Hallada, la muestra, la del Sur es la esperanza de una nueva humanidad. No buscamos genios, sino pueblos dichosos. No aceptamos déspotas, preferimos al caudillo moral. Y en vez de la codicia organizada, del frío racionalismo científico que causaron la ruina de Occidente, América es siempre joven, llena de vitalidad y confusiones, siempre revolucionaria, porque detrás del ansia de mudanza bullen los más nobles valores del espíritu. América es la juventud del mundo.

¿Y qué es Bolivia en Sudamérica? ¿Qué significa este peñón soberbio, clavado en el corazón del continente?

Bolivia es una proa: abre siempre camino a los demás.

El mito nace de nuestras montañas coléricas. Los dioses más remotos, la teogonía, la cosmogonía americana, brotan de la entraña andina. El árbol genealógico de la América sureña, viene de "Pacha", "Wirakocha", "Thunupa", númenes telúricos; de "Wira", el dios de la fuerza; de "Kjuno", el destructor; y se alza y se enfrondecce en el prestigio de sus montes sagrados: Illampu, Sajama, Illimani, Wayna-Potosí, Mururata. Todo el pasado, la antigüedad geológica, la tradición

inmemorial, la toponimia y la semántica, los dioses y los héroes, el sabeímos celeste y el sentido de la tierra, la organización agraria, la prehistoria viva de América, surgen del promontorio boliviano.

América debe mirarse, reconocerse en el Ande, porque la estirpe andina es una de antigüedad y poderío. El Ande, padre fabuloso, es el divino escultor que forja pueblos, el que cuenta titánicas hazañas con lengua de montañas.

Pasemos del mito a la prehistoria. ¿Qué pueblo ostenta linajes más insignes que los del kolla "Mallku Kaphaj", y aquel "Manco" fundador del imperio de los quéchuas?

"Kollasuyo" es una matriz de pueblos y culturas. "Tahuantinsuyo" el eslabón final de la cadena prehistórica. Y quién quiera internarse en el pasado fidedigno del continente, tiene que consultar la huella de nuestras culturas primitivas. ¡Quéchuas sapientes, kollas indómitos, urus misteriosos, y esos antis legendarios, tan distantes que solo se les divisa el nombre!

Durante la Colonia, el Alto Perú desempeña función rectora: enseña, civiliza. La tradición jurídica, el humanismo americano, las formas políticas y sociales, nacen de nuestra sociedad colonial. Potosí, Chuquisaca, son luminares de trabajo y de cultura. Y si se ahonda en el proceso social, se comprobará que la economía política, la ciencia industrial, la explotación de la tierra, el arte de comerciar del hombre actual, tienen sus orígenes en la cultura mestiza de nuestras ciudades y campos coloniales. Aunque no pudo fundir enteramente al hispano con el indio, la Colonia fabricó al mestizo, gran tensor de fuerzas encontradas, al hombre nuevo del nuevo continente, Alto Perú no es simple denominación histórica. Es todo un símbolo, el testimonio vivo del poder creador y organizador del hombre americano.

Fuimos también vigías de la libertad política de América. Luchamos quince años por la libertad; y si fuimos los primeros en rebelarnos y los últimos en alcanzar emancipación fue porque España conocía la importancia estratégica del reducto andino. Luchó hasta el último instante por el más rico florón de su corona. Mas la Academia Carolina, los doctores de Chuquisaca, los protomártires, el pueblo en armas de la gesta emancipatoria, pertenecen a la historia continental. ¿No dimos a Murillo, cholo insigne; no hemos dado a la Padilla, mujer sublime?

Bolivia es pues desde su génesis, y apenas nace, entraña viva de americanidad. Fuerza rectora. Impulso generoso de redención y de combate.

¿Y cuál es la lección humana de la República? Es una de energía, fortaleza indómita, de tremenda superación contra un destino adverso.

¡República asombrosa! Soporta todos los contrastes, afronta todos los peligros y siempre sale incólume; porque la grandeza de un país no se mide por grados geográficos, sino por la fortaleza de sus almas. Maltrecha, perseguida por la presión exterior, minada por el desequilibrio interno, Bolivia es la hija legítima de Bolívar, Padre de América, la grande alma que enseñaba: el arte de vencer, se aprende en las derrotas. Esta nación extraordinaria, en lucha siempre con el hado, sacó fuerzas de su propia flaqueza, se levantó de sus caídas y sus errores, no se dejó abatir por la desgracia.

La Nación Boliviana enseñó al mundo que se puede ser infortunada, pero digna. Pequeña y grande al mismo tiempo. Altiva en el desastre, Generosa en las horas de ventura. ¡Leones de humanidad, aunque se fuese hormiga del progreso material!

Hemos dado al continente la lección inmarcesible de la libertad. Porque estos bolivianos ignorados, desdeñados, revoltosos, son campeones de justicia: en pechos de piedra, almas de fuego. Y cuando el látigo del déspota cae sobre las muchedumbres, siempre la muchedumbre termina con el déspota y su látigo. El pueblo boliviano es el maestro de sí mismo. Levantó y tumbó caudillos. Castigó por igual la indolencia y la violencia. Y esta sabia enseñanza, este natural dominio del instinto por la ética, esta probanza de autodisciplina al servicio de una idea de justicia, es el tributo de nuestra patria andina a la cultura americana.

Bolivia es maestra de civismo. Cuna de libertad. Voluntad que renace de sí misma.

Bolivia es la Hija de Destino.

¿Y cuál será nuestro mensaje creador, en esta hora de convulsión mundial, cuando se quiebran y vacilan la ciencia jurídica, la experiencia política, la técnica económica de los pueblos?

Será uno de amor consciente, de mudanza previsor, de responsabilidad social, de intrepidez para afrontar la confusión presente. El Ande ha sido siempre el vigía interior de América: de aquí deben partir las grandes soluciones colectivas. Una sociedad más justa, mejor organizada. Un nuevo humanismo. Un estilo americano de igualdad, de equidad en la convivencia; de sabiduría para el dominio de las cosas; de moderación espiritual, debe bajar de la meseta. Será el estilo grandioso de nuestras montañas. La espera tensa de los pueblos. El "presto appassionato" de las almas.

Bolivia puede, Bolivia debe recuperar función rectora en la vida continental: en la cultura, en la política, en la economía. Por eso proclamamos una necesidad de cambio, la dinámica de aventura, el juvenil impulso de resurgimiento que concluya con la pereza nacional. ¡Hacer, hacer cosas! Muchas saldrán mal, pero quedará la experiencia, la fuerza saludable de la energía templada en el error. ¡Moverse, conmovirse! Hay que inquietar las almas, hay que sacudir las costumbres. Somos un, pueblo joven, no una civilización caduca. Nuestro deber actual es uno de pujanza y de atrevimiento. ¡Sed fuertes, sed activos, sed constantes! Debemos sacudir y transformar el mundo que habitamos.

Terminemos con el mito de los capitales, de los brazos, de los técnicos que vendrán de afuera. Nuestros instrumentos creadores están aquí: hay que movilizar esa riqueza, organizar esos brazos, formar esos equipos técnicos. Necesitamos menos política, menos abogados, menos espadines. Necesitamos geólogos y biólogos, físicos y químicos, ingenieros y arquitectos, banqueros y agrónomos, electricistas y mecánicos, estadistas y estadígrafos. Mas no desterremos al poeta — como pedía Platón — de la sociedad futura: necesitamos también del soñador, del creador, para embellecer la dureza de la existencia. Necesitamos pensadores, sabios, artistas, poetas, santones. Todo aquello que signifique actividad desinteresada del espíritu, anhelo de ascensión. Porque si la buena organización social es la sangre que da vida a los pueblos, la belleza creadora es el aire que los vigoriza y los exalta.

Este inmenso país dormido debe despertar. No al tumulto callejero, sino al trabajo renovador, severo y compartido. No a las teorías importadas, mas a la urgencia de la propia realidad. Bolivia debe ponerse a la cabeza del resurgimiento sudamericano, ganando por sí misma las etapas de su propia renovación. Contra el espíritu de lucro, el ansia de justicia. Contra la economía feudal, la economía planificada. Contra el letargo de las almas, la vigilancia activa que sacude y reorganiza. Contra los sistemas caducos y los hábitos corruptores, una nueva moral política, una nueva conducta financiera, capaz de rescatar al pueblo de la confusión y el retraso en que subsiste.

No es el tiempo de las palabras vanas, sino el tiempo de los hechos. Por eso al plantear la urgencia de acción y de mudanza, debemos recordar también nuestro deber de bolivianos. ¿Por qué esa lentitud, esa ayuda cicatera frente a la desgracia de Sucre, que es la desgracia nacional? Es éste un problema que toca, más que a nuestro bolsillo, a nuestra conciencia: somos, o no somos bolivianos. La ayuda a Sucre es un imperativo nacional. Quiero expresarlo una vez más, porque la nueva patria debe alzarse sobre el espíritu cristiano de bondad y del altruismo.

Redimir al indio, educar al cholo, son grandes metas de la pedagogía colectiva. Pero es más urgente humanizar y conmovir al blanco en la tarea de hacer patria. Si las clases pudientes, si las clases dirigentes no tienen conciencia del rol director y responsable que les confió el destino, renegarán de su misión social. Y algún día el descontento actual crecerá hasta el estallido político, porque los que no saben mandar, organizar ni responder por ese mando, no tienen derecho a comandar.

Si la reforma moral y social que pedimos viene de la derecha, bienvenida. Si viene de la izquierda, también. No discutamos rótulos, no disputemos programas. Apartémonos por igual del conformista y del demagogo. Pidamos hechos, sigamos a los hombres renovadores, constructivos, a los que hacen la dinámica social, cualesquiera que sean su filiación y sus ideas, si ellas buscan el bienestar colectivo. Hagamos la revolución económica desde arriba, para que mañana no nos sorprenda la revolución social por abajo.

¡Hay que inquietarse, hay que agitarse! Mientras el mundo cambia, Bolivia no puede seguir durmiendo encerrada en sus montañas. Proclamemos una ética renovadora, una mística de acción. Abramos campo a otras naciones con nuestro ejemplo y nuestro riesgo: atrevámonos a ser los vigías de una transformación americana.

Pasó la etapa del grito romántico y el desorden callejero. A estudiar, a plantear y a resolver sin desmayo la urgencia de renovación que nos acosa. Nuestras universidades deben enseñar descontento. Nuestros partidos políticos: renovarse o perecer. Debemos ser un pueblo de tres millones de almas y no la finca de tres mil. A ésta ideal, a esta superior finalidad humana, consagremos las generaciones actuales.

Bolivia nos llama. Bolivia, Nuestra Madre, nos espera.

"Pachakuti"! Con fervor indio, con emoción mestiza saludemos la nueva aurora.

"Pachakuti"! Es la hora de emprender y realizar. Nadie puede sustraerse a la magnífica tarea.

"Pachakuti"! Que todo cambie, que todo se transforme. Y cuando Bolivia se levante a la entera verdad de una patria libre y justa, podrá dar, como el puma del ancestro, el salto y el zarpazo que devuelven el mar a la montaña!

La Paz, 20 de Abril de 1948.

Año Augural.

Magnífico Ignorante RESPUESTA A GIOVANNI PAPINI

Quién habla de América Latina: un florentino del Cuattrocento o un florentino de Novecientos? ¿Cuál es el puente que separa al juez antiguo del demoledor actual? Cinco siglos son cosa seria, tan seria, que bastan para caracterizar viejos o nuevos tribunales.

Un discípulo de Cimabué, por ejemplo, en los dichosos tiempos antiguos, crece en humildad, envuelto en la llama que lo devora, contraído a su noble y pulcra artesanía. Lejos de la insensata ambición, del ostentoso alarde, el artista vive confinado en un orbe de sencillez y de belleza. Trabaja por el sustento, aprende del maestro, mas ignora el suplicio vano de la gloria, la demonial angustia del soberbio. No quiere ser original, le basta ser verdadero. Si el taller es un refugio contra el mundo, el artesano es un espejo de virtud.

El hombre del siglo XX, contemporáneo de Marinetti y Mussolini, crece en ambiciones y avidedces. El orgullo lo corroe, el afán de lucimiento lo atormenta. Su punto de partida; la originalidad a todo trance. Su meta: el poderío. Su instrumento expresivo: el alarido. Agitar, desafiar, demoler, desconcertar. El moderno cree ser fuerte y es en el fondo débil; por eso se irrita con frecuencia y esconde su impotencia detrás del gesto excesivo. El mundo es el combate. El escritor un polemista. La fama estridente y necesaria.

¡Cuánta distancia de un florentino de ayer a uno de hoy!

Nicolo Niccoli, aquel gran humanista a quien por su mucha sabiduría y su exquisito tacto se llamó "ministro literario" de Cosme el viejo, puesto en trance de juzgarnos, lo habría hecho con esa cordura elemental, con ese modo finísimo del auténtico humanista Nicolo Niccoli habría dicho:

— América está demasiado lejos, es grande en exceso. Las diferentes razas muy diversas, la cruzan culturas diferentes. Desde las pequeñas colinas de Florencia, no podemos alcanzar la majestad de sus montañas ni la extensión desmesurada de sus ríos. ¿Cómo hablar de sus gentes y costumbres, de sus obras y creaciones, si la criatura allá se pierde en la infinitud geográfica que la contiene? El primer precepto del saber: conocer de su materia. Temerario el que habla de oídas y de imaginaciones. Prefiero no decir lo que América aportó, porque no sé lo que es América.

Pero el polemista del tiempo actual, otro florentino audaz impulsivo, categórico, aquel Papini que se llama a sí mismo "destructor necesario" de filósofos y dogmas, contesta con infantil altanería:

— Vamos al ajuste de cuentas. América lo ha recibido todo de Europa: la mayor parte de su población, religión dominante, literatura, arte, ciencia, filosofía, libros, descubrimientos, ideales, teorías. ¿Cuál es la contribución de América a la civilización universal? Nada en religión. Nada en filosofía. Poquísimo en literatura. Peor en arte. Mal en ciencia. Ella no ha dado un solo genio. Carece de fuerza para las actividades superiores del espíritu. Mi búsqueda comenzó con gran amor y termina en gran dolor. América es aún deudora para con Europa: nada hizo de importante en el plano intelectual y espiritual. Por eso mi juicio es melancólico y desencantado.

Solo dos palabras dicen verdad en tan artificiosa jeremiada: melancolía, desencanto. Exacto. Toda ignorancia es triste, abruma. Papini, el gran actor del siglo XX, tenía que desempeñar su último papel a perfección. Escogió el personaje cómico, el que hace descansar al público de la tensión del drama. Chispeante, irónico, volandero, entretenido siempre aun que jamás verídico, es ese magnífico ignorante que parece escapado de una comedia de Goldoni.

Humboldt recorrió largos años nuestros llanos y mesetas antes de componer su soberbio "Cosmos". D'Orbigny cruzó a mula y a pie el continente; en su "Viaje a la América Meridional", rico de certeras intuiciones, rinde homenaje a esas sociedades jóvenes que se formaban en medio de una naturaleza opulenta y penosas dificultades materiales. Keyserling en sus "Meditaciones Sudamericanas.", atribuye conciencia más perspicaz al sudamericano que al europeo, afirmando que sería injusto criticar a estos pueblos embrionarios que recién despiertan de un sopor secular. Libros de sabios.

Papini, el negador, no está de acuerdo con los sabios. Nunca lo estuvo. Se mofa de su tiempo y de los grandes. Mientras todos vuelven los ojos afligidos a estas tierras de promisión, a esta inmensa esperanza de una humanidad mejor, Papini pide genios, individualidades hipertróficas, creaciones estupendas, olvidando que la cultura es flor del tiempo. Sucesión de siglos. Madurez de la sociedad humana y de las almas que la constituyen.

Analicemos los sofismas papinianos.

¿Qué sabe el gran descreído de América Latina? No sabe nada. Le asigna cuatrocientos años, cuando solo sobrepasa una centuria de vida autónoma y organización nacional. ¿Está informado y da sentido político, que en último término conforma y da sentido al proceso cultural? Lo ignora en absoluto. ¿Qué piensa de sus razas? Atribuye todo al inmigrante europeo, porque desconoce la sorda persistencia del autóctono y la tremenda vitalidad del mestizaje. ¿Qué sería de América sin el cruce de razas, de idiomas, de culturas? Biología, sociológica, económica y culturalmente, el mestizo es el nervio de América; lo mismo en Buenos Aires que en el Cuzco. ¿Qué conoce de nuestra formación espiritual? Oyó campanas sin saber donde repicaban: por eso la cita avarienta de algunos nombres mal comprendidos y la omisión estupenda de muchos.

"Los Cronistas de Indias". ¿Escuchó alguna vez esta frase el erudito de Florencia? Ella lo dice todo. En contacto con la soberbia naturaleza americana, absortos en la hermosura de sus paisajes, cautivados por la novedad de sus costumbres, por la grandeza de sus civilizaciones, por

la variedad de sus productos; heridos por el misterio de esas lenguas incógnitas que aprenden con avidez; pasmados por la presencia de esos seres que atestiguan vida arcádica y sencilla; presintiendo el esplendor de las antiguas teogonías, adivinando la majestad del tiempo nuevo que traían con la Cruz y con la Espada, los cronistas españoles se bautizan en el prodigio de un mundo inédito. Fue un trance, un soplo, Fraile, guerrero, letrado, todo el que escribe con emoción americana sobre cosas y usos de América, es criatura de su tema, hechura de su pasión y de su éxtasis. El Padre Acosta, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, son genios e ingenios de esta parte del mundo. Con solo nombrar al Plinio Americano y su monumental "Historia Natural y Moral de las Indias", se da probanza de jerarquía espiritual.

¿Lo que América no ha dado? Comenzó a devolver apenas recibió. Esos cronistas de Indias, que componen en lengua hispana lo que les dicta el raptó indígena, son los precursores de la cultura americana.

Pero no ahondemos todavía el asunto. Prescindamos del mucho saber, del mucho admirar que ofrece la Conquista (la Conquista aún destruyendo construía). No toquemos por ahora las ricas inteligencias de la Colonia. No hablemos siquiera de aquellos repúblicos que forjaron estas patrias en su mente, antes de lograrlas con el precio de su vida y de su hacienda. La materia es tan vasta que no puede ser aquí tratada. Sigamos más bien al señor Papini en su noticiario florentino.

¿Qué Europa lo dio todo? Aventurado juicio. Estaba la tierra con su poderío y variedad, con sus accidentes y diferencias geográficas. Las razas autóctonas, con sus religiones ancestrales, sus tradiciones y costumbres. Los idiomas aborígenes que aun guardan el oro purísimo del tiempo mítico. El uso inmemorial que sigue influyendo en la distribución del suelo y en la organización de las comunidades agrícolas. Caminos extensísimos, puentes, canales y sistemas de riego. Productos vegetales y especies que saborearon los europeos. Ríos de metal que sirvieron para alimentar las guerras de Occidente y aumentar el lujo y la cultura.

Junto a la riqueza y novedad de la tierra, el enigma de su poblador. Creyó el conquistador que dominando o desdeñando al sometido, tenía resuelto el problema. Se equivocó. La tierra ancha, soledosa, que hace el cuerpo más activo y el alma más intensa, trabajó por el nativo. Hoy el europeo que cruza sangre con americana, se amestiza a su vez; y salvo la excepción que confirma la regla, ya no se ausenta del suelo que lo cobijó. Y es americano de arraigo y de emoción, alma telúrica, pegada a su Tierra Madre, confraternal con las criaturas que encontró, cuya psicología y modos de vida absorbe inconscientemente hasta llegar a ese estado paradójico que un pensador ha definido en frase magistral: el conquistador conquistado.

Europa no lo dio todo. Si a la mitad "civilizadora" alegada desde Arno podemos responder con la mitad geográfica, también al ente de razón podemos contestar con el ente de pasión.

¿Qué América pudo hacer mucho más en el tiempo que existe? Absurda exigencia, desconocimiento del proceso histórico. En cien años, las razas heterogéneas que pueblan América, dispersadas en inmensas superficies, sin los medios técnicos para desarrollarse, no podían hacer más. Mil años tardó el Lacio en despertar. ¿Por qué al Ande, al Plata, o al Anáhuac se les pide marcha de centella?

La cultura es larga hazaña. Todo florecimiento del espíritu humano acaece sobre un pedestal de siglos. Italia misma, la Italia gloriosa del Milquinientos ¿se explicaría sin el recogimiento fervoroso del mundo medieval, sin la dinámica expansión del Imperio, sin las savias orientales más lejanas todavía? Algo más: mientras las naciones de Occidente, aparte del legado espiritual que acrecentaban de generación, en generación, mantuvieron por milenios un comercio constante de ideas y estímulos estéticos, las jóvenes naciones de América recién en los últimos lustros tomaron contacto con Europa y empiezan a conocerse entre sí. ¿Qué adolescencia pudo ser sabia?

Hablemos de historia. ¿En qué cede el Manco Kaphaj quéchua al romano Julio Cesar? Leyes más justas, moral más severa, genio político más avezado, sentido económico más natural no los hubieron como en los imperios autóctonos andinos. Los incas batallaban para pacificar. Eran valerosos y magnánimos. Aun hay memoria de su grandeza y su sapiencia en el arte de gobernar

naciones. Si Papini lee "El Imperio Socialista de los Incas" del profesor Louis Baudin (francés) se avergonzará por su ignorancia en la materia. Y conste que el gran Manco es solo uno de los genios políticos del Incaico, que a su vez fue solo una de las culturas autóctonas de América.

Pasemos al arte. ¿Es lícito referirse al arte de todo un continente en cuatro líneas? Tres gruesos tomos de setecientas páginas cada uno, no has bastado al profesor Diego Angulo Iniguez (español) para componer su "Historia del Arte Hispanoamericano".

Tema de vastedad oceánica.

Palenque, Cuzco, Tiwanaku, Chichén-Itzá, Copán son arcaicas de tradición. ¿Falta de una superior actividad intelectual? El escultor y el arquitecto de la América precolombina lo desmienten. Estos fueron unos que escribieron sus hondos pensamientos en piedra; su escritura simbolográfica no fue aun descifrada. Astrónomos sapientes, intuitivos en sociología, agricultores avezados, cultores de un arte monumental y sutilísimo a un tiempo mismo, levantaron pirámides litúrgicas o reductos militares, con la misma maestría que modelaron sus ceramios policromos, trenzaron sus tejidos primorosos, o poblaron la superficie de sus ídolos con representaciones ideográficas que expresan su concepción hilozoísta del universo. Más hondo todavía: la música, la danza, las máscaras, la poesía, la leyenda que sobrevivieron a la destrucción del europeo, aun deformadas y atenuadas en su vigor original, refieren mayores sucesos de tiempos en que el hombre americano, señor absoluto de su suelo, de su cuerpo y de su alma, levantó su civilización con el rigor que gobernaba su inteligencia.

¿Quién puede afirmar si el cantar cholo o el "huayño" indígena de América, no calan tan hondo en el sentir humano como la firme estructura polifónica de Frescobaldi?

La sola "Puerta del Sol" en el Tiwanaku boliviano, habla de una raza de idealista y de geómetras, que poseyeron sentido matemático en la representación del mundo visible. Mitologías y emporios arqueológica del Nuevo Mundo, aun en trance de descubrimiento, darán muy altas verdades al pensamiento universal. Esos mayas, esos chibchas, esos toltecas, esos quéchuas, esos kollas...

Pasemos por alto la inmensidad, la pluralidad de nuestro arte mestizo: abundan escuelas, creadores, obras. ¿Tres luceros en un cielo constelado de estrellas? Ese Aleijadinho del Brasil, escultor, arquitecto, tallista, pintor. Ese Pérez de Holguín, fundador de la escuela potosina, que tuvo genio plástico y cromático en abundancia. Ese indio Condori que esculpió en piedra el frontispicio maravilloso de San Lorenzo de Potosí.

Y no hablemos de la moderna pintura americana - basta solo evocar a los muralistas mexicanos — porque también en esta materia Papini está en pañales.

¿Qué América no dio nada a la altura de Picasso? Celebrémoslo. Picasso y Dalíes están bien para explotar la estupidez o el esnobismo de civilizaciones decadentes. Nosotros nos quedamos con el genio anónimo de los arquitectos, canteros y alarifes que levantaron las bellísimas iglesias coloniales. El misterioso estado inconcluso de una talla, la rebelde crispatura de la indiátide, el soplo repentista del orífice mestizo ¡eso es lo que devuelve América! Pero su poder creador, eminentemente popular, no está en los libros; hay que buscarlo en el seno mismo de la americanidad, conviviendo con sus gentes, durmiendo bajo sus techos de tejas, siguiendo el rastro de la pasión mestiza que se retuerce en los hierros vetustos o en los artesonados caducos.

Negar la existencia del pensamiento científico en la América Latina, parece absurdo si no fuera necesidad. Recordemos solo al paleontólogo Ameghino, el pampeano zahorí que se empeñó en demostrar la autoctonía del hombre americano polemizando con sabios de Europa y Norteamérica.

La literatura. La discusión sería interminable, son solo nombrar y calibrar a los clásicos de América. ¿Quién los ignora? Y aquí cabe el recuerdo: el genio es coronación de esfuerzos. Planta sutil, no es dable contemplarla fuera de su circunstancia. Hostos, moralistas y civilizador, debió ser

cima para un continente aletargado. Darío, surgido de la selva chorotega, estremece con un viento pánico la lírica española. ¿Mas qué poeta es traducible y entendible en lengua ajena? Darío es solo grande, musical, alado para quienes nacieron en la lengua de Castilla. Cortemos el punto: los clásicos de América — tantos y tan altos — están encima de la iconoclastia y del olvido. No requieren defensor.

Veamos lo moderno. Desaparecido Pirandello ¿qué tiene la novelística italiana para oponer a la reciedumbre humana de "El Mundo es Ancho y Ajeno" del peruano Ciro Alegría? Todas las delicuescencias de Moravia o Bontempelli, no valen el soplo épico y fuerte de las páginas de Rómulo Gallegos. La dialéctica del maestro Sanin Cano destruyendo el sofisma florentino ¿no sembra a lección de alta cultura? Vasconcelos ¿no es un pensador? Alfonso Reyes ¿un altísimo humanista? Ensayos del colombiano Arciniegas, del argentino Mallea, del peruano Sánchez, del venezolano Picón Salas, del brasileño Freyre ¿no se leen con idéntico deleite que los trabajos de Huxley, de Mann o de Maurois? La vibrante humanidad de Gabriela Mistral, esa voz chilena transida de ternura, ¿no suena más pura que todas las estridencias del expresionismo lírico europeo? Suspendamos la lección para no incurrir en pecado de crueldad.

El paralelo que hace Papini con el siglo XVIII, torpísimo. El siglo de las luces en Europa, lo fue de oscurantismo y esclavitud en América. Los ansiosos de libertad morían despedazados por cuatro caballos que tiraban hacia los puntos cardinales. ¿Tupac Amaru no explica suficientemente el drama de la nocturnidad americana? La información histórica parece ser el talón de Aquiles del juzgador de Florencia. Mundo sin noticias — dice el moralista — mundo a oscuras. Bien se ve que Europa vive en tinieblas.

¿Qué el capital mayor de la inteligencia americana se gastó en la lucha por el suelo y la pelea política? No es evidente: invertir no es derrochar. El futuro dará generosos réditos a esa inversión. Ya comenzaron las actividades espirituales. México y Buenos Aires, son los meridianos intelectuales del mundo de habla hispana; Madrid cede supremacía. Tenemos universidades, centros científicos, diarios y revistas que nada tienen que envidiar a los de Occidente. Teatros que reciben las mejores compañías e intérpretes del mundo. El "Colón" de Buenos Aires cede en antigüedad pero no en gloria a la "Scala" de Milán. Estas naciones. Jóvenes conceden extraordinaria importancia a la educación pública, a la higiene, a la salubridad, a las leyes sociales a favor de sus muchedumbres. El americano vive cargado, traspasado de espiritualidad. Alma pánica, absorta en la grandeza de la tierra cuya voz misteriosa y profunda encarna, tiene también un sentido innato de su destino histórico, de su dignidad humana. Por eso se le ve alzarse contra las tiranías en ansia irreprimita de libertad y de justicia. Mientras en Europa los jóvenes trabajan en las aulas, los muchachos del Nuevo Mundo suelen abandonar las suyas para empuñar fusiles por un ideal de patria libre. En América está naciendo la conciencia moral de una nueva humanidad. Una filosofía de paz, de orden, de derecho, toca a las puertas de la vieja Europa. Y esto es lo que devuelve América.

¿Por qué no cambiaríamos al virtuoso Sucre, por ejemplo, con ese monstruo de perfecciones del Milquinientos que se llamó Leone Battista Alberti, aquel de quien se dijo que solo Leonardo le superó potencia conceptiva de la mente y en pluralidad de aptitudes? Porque Sucre es el genio de la bondad: su virtud es árbol que da sombra todavía. Alberti, en cambio, pasó para no volver; de tanto saber y magia individual, solo queda el trazo de un relámpago.

¿Altísimos poetas, sabios eminentes, artistas inspirados? ¿Creadores hiperbólicos, desmedidos individuos? ¿Es esto lo que se nos pide?

América mira un poco más lejos. Tiene el don de originalidad que se le niega. Héroe, sabios, artistas... ¿No los hubo en exceso? América devuelve algo más que cabezas geniales: América devuelve arquetipos de humanidad. ¡Los Libertadores! Estos son los genios del Nuevo Mundo: Bolívar, Sucre, San Martín, Juárez, Martí, Artigas. Guerreros, políticos, caudillos militares y civiles simultáneamente, legisladores organizadores de pueblos, poetas de la acción, realizadores del ideal. Sabios de la más alta sabiduría, su grandeza no se mide por sus éxitos, sino por el fervor y la tenacidad con que pusieron todas sus potencias humanas al servicio de una mística de libertad. A estos insignes varones hay que verlos en la totalidad integradora de vida y pensamiento, sacando

un mundo del vacío, en la deslumbrante variedad de sus acciones. "El arte de vencer se aprende en las derrotas". ¿No es toda la poesía dolorosa del suceso humano?

Y si la ancha sonrisa de Papini profiere burlona:

—¡Hipérboles" Vuestra fantasía tropical os hace ver grandezas, donde solo hubo tenacidad y habilidad... aun cabe responderle:

— Quedad con Leonardo, florentino. Quedad con el genio especulativo y razonador por excelencia que quiso explicar el mundo por el conocimiento. Nosotros tenemos a Bolívar, el genio de la acción. Potente soñador, realista insuperable a un tiempo mismo, destruyó un mundo con su brazo para crea otro con su fe. Es verdad, como ha dicho para Burckhardt, que apenas podemos presentar la inmensidad del genio de Leonado. Mas lo es también que el genio brusco, proteico y deslumbrante de Bolívar, no se ha revelado en su alteza y pesadumbre ni a la historia, ni a la psicología, ni a la crítica. Este Libertador de pueblos, este padre de constituciones, este augur que delira con montañas, con batallas, con mujeres. Este hijo de la gloria. Este escultor de pueblos. Este hombre impar en ideas y en empresas creadoras. Este huracán de inquietudes. Este rayo flamígero que lo enciende todo... Esto es verdaderamente el genio, en toda la amplitud aterradora del vocablo. Y hasta en la trágica agonía, hundiéndose en la nada después de ansiarlo todo, creyendo perdida una obra que le sobreviviría para una eternidad de gloria, nos lega la frase irreverente, profunda de sentido, que solo en alma grande podía pronunciar: "Los tres grandes Quijotes y yo".

Así es América: no busca genios, engendra hombres nobles y sencillos, y de pronto le nacen leones de humanidad.

Agradecemos a Papini su magnífica ignorancia; ella ha permitido esta humilde profesión de fe. América es ya tan fuerte, tan segura marcha de su destino presente, de su responsabilidad futura, que puede responder al agravio inmotivado con un himno sereno de esperanza. Recibimos mucho de Europa, insensato sería negarlo. ¿Mas cuánto recibieron ellos? El trigo con que hoy amasan su pan los europeos es ya un simbólico mensaje de devolución: entramos en su sangre como ellos entraron en la nuestra.

El mundo está cansado de los negadores, de los escépticos, de los que hacen mofa. El mundo no olvida que los genios destruyeron Europa: los genios de las finanzas. Por eso América dice: hombres de paz, hombres de fe, gentes nobles y sencillas que reconstruyan piedra sobre piedra en el fervor de cada día, todo eso que se viene derrumbando en la Europa blasfema que se olvidó de Dios para exaltar al superhombre.

El "ajuste de cuentas" recién ha comenzado. Mientras Europa cerró sus cifras, América mantiene abiertas las suyas. Papini no verá el balance final. Años y desengaño lo sepultan ya bajo su peso.

América: un resplandor incendia el horizonte. ¿Cómo ignorar el astro que se anuncia?

La Paz, 24 de Agosto de 1947.

[La Noche Triste de Pachakuti](#)

(Escrito al salir de "El Diario" por tercera vez, debido a las maniobras del patinismo)

Esta es la noche triste de Pachakuti. Noche sombría, de angustiadas soledades, porque también anocheció en la Patria. Duelo sin llanto y sin quebranto. Porque carne de varón traga sus lágrimas: no llora. Y hay que revelarse contra la tristeza boliviana, que ablanda y descaece. Hay que vencer del dolor y de los desengaños. ¡Hay que amotinarse contra el Destino que siempre se presenta adverso!

Nadie quiere a la verdad en Bolivia. Se le cierran todas las puertas. Y el boliviano vive en la codicia y el engaño, en miseria y servidumbre, porque no tiene una fe que lo redima y carece de voluntad para rescatarse en el heroísmo de los días. Todo miente en Bolivia. Se diría un inmenso Castillo de Nieve donde tres millones gimen aplastados por el látigo de treinta carceleros. No hay Patria. Nación no hay. Mas solo el feudo que explota los Amos del Estaño.

Pachakuti se dolió de las gentes bolivianas. Quiso luchar por ellas. Amarlas y entenderlas. Padece con sus penas, compartir sus alegrías, absorber sus esperanzas y sus dudas. Buscó la única ventana que aún quedaba abierta para asomarse a ella y decir su verdad. Pero ayer esa ventana también ha sido clausurada. Ya no hay prensa libre en Bolivia. ¿Y qué es libre es este país desdichados, donde todo miente encadenado por la ignorancia y por el oro de los ricos?

Todo falla entre nosotros: falla el hombre, falla la moral, fallan las instituciones. Las grandes obras se paralizan antes de llegar a la mitad de la jornada. Las familias se desquician. Los partidos se devoran. El amigo niega al amigo. El hombre maduro es frío, egoísta. El joven duerme en el sopor burocrático. Y esta inmensa mentira colectiva se sostiene solo por el culto del dinero.

El drama de Bolivia, es drama de hambre y de drama de mentira.

Ahora comprendo que nuestra miseria nacional viene de muy lejos. Los ángeles negros cierran todavía con sus alas el horizonte patrio. Comprendo el dolor del Inca Huayna - Kaphaj presintiendo el derrumbe del imperio. Comprendo la tristeza de los "Mallkus" arrastrándose por los caminos coloniales. Comprendo la ternura doliente de "Huallparrimachi" junto a las fogatas de Murillo, el cholo indómito, entregando el cuerpo a la horca, porque el alma ya la había entregado a la libertad! Tanto dolor boliviano disperso en las guerras perdidas, en las luchas civiles, en la marcha fatigosa de cien años. Estos indios oscuros, silenciosos. Estos cholos levantiscos y aspirantes. Estos jóvenes ansiosos de surgir. Estos blancos que no escuchan el drama de su tierra porque solo entienden la lengua del billete y de los dólares. Por eso cuando Busch, el que quiso reformar Bolivia, se vió vencido por la miseria ambiente, por la fuerza destructiva de las potencias económicas, por el genio maligno de la traición y de la envidia, en un gesto supremo de asco, de infinito desprecio hacia los hombres, fue a buscar en el caño de un revólver la Patria que no pudo forjar con sus manos generosas de caudillo.

Porque hasta en eso es grande el héroe; sabe morir con gloria, cuando no se puede vivir en dignidad.

Pero Pachakuti no desmaya. Pachakuti se endurece en el dolor de la caída. Y seguirá sirviendo a Bolivia por encima de todos los obstáculos. Cuando su pluma sea silenciada, hablará su voz. Si la voz le falta, servirá con sus brazos. Y si los brazos flaquean, entregará su corazón. Porque también con la sangre cálida de los corazones se bañan las Patrias. Y ésta es la hora en que Bolivia nos pide servidumbre, para redimirnos del engaño y del retraso en que vivimos.

No desesperéis. Pachakuti seguirá su lucha, que es la lucha de todo un pueblo por su regeneración moral, por su liberación económica, por su articulación social. Seguirá denunciando por la radio, por medio de boletines, de la conferencia pública, las inicuas defraudaciones de los multimillonarios Patiño y Aramayo. Publicará un libro concretando esas denuncias. Después defenderá la reforma tributaria. Pedirá la nacionalización de las principales fuentes productoras. Exigirá la reforma agraria. La destrucción del espíritu de logia, que está secando el espíritu de libertad e iniciativa en los bolivianos. Pachakuti seguirá al servicio de su pueblo con pasión mestiza, con estoicismo indio, porque ya no es uno que predica desde fuera, sino uno que sufre confundido en tres millones los rigores y quebrantos del drama nacional.

¿No ha de haber uno que proteste mientras toda la riqueza de Bolivia se fuga al exterior?

¿Cuándo un pueblo entero gime en la postración y en el olvido, por que sus muchedumbres subsisten ignorantes, desnutridas?

¿Al ver que el pensamiento se pone al servicio del dinero y de la fuerza, correspondiendo la majestad moral de las ideas?

¿Cuándo vemos que el Estado Boliviano casi no existe avasallado por un Superestado de podredumbre que lo envilece y lo degrada todo?

Es que Bolivia requiere un soplo de idealismo, un soplo de verdad. Y en tanto la verdad no sacuda el sopor de los corazones, no tenemos derecho a llamarnos patria de hombres libres. Porque libertad, es también responsabilidad. Y aquel que ignora sus deberes, no puede hablar de sus derechos.

Esta es la Noche Triste de Pachakuti. Pero Pachakuti es alma de acción. En vez de llorar al pié de un árbol como el Hombre del Anáhuac, el servidor del pueblo andino coge su cayado, trepa a la meseta, y se interna por el hosco altiplano. Silban con furia los vientos. El polvo ciega su visión. Viajeros que pasan le preguntan:

—¿Dónde vas, señor? Te ha de pescar la tormenta. Te dañará.

Pero Pachakuti sigue su marcha sin contestar. Ha partido a la busca de los indios, sus hermanos, de los cholos, sus amigos, porque en su corazón casi no tienen ya cabida los blancos.

Y ésta es la Noche Triste de Pachakuti. El que dijo su verdad con sacrificio de su dicha. Porque amar y comprender a su pueblo, es padecer con él. Y así como el milagro escarlata de la "khantuta" florece en el límpido cristal del cielo andino un día este corazón que sangra se verá restañado en la grandeza de Bolivia.

Porque Pachakuti ama a Bolivia con pasión desesperada. Cree en ella. Sabe que Bolivia vencerá. Quiere convertir la tristeza y el derrotismo de sus hombres, en voluntad de triunfo y de combate. Y en esta hora de duelo para la libertad de expresión, Pachakuti lanza nuevamente su llamado indio, su prédica de fe, la honda temeraria que un día abrirá el camino de la Nueva Patria:

¡Salud y Lucha! Sin miedo y sin descanso al servicio de Bolivia.

La Paz, 8 de Julio de 1948.

Año Augural.

[El Arquero Divino](#)

quiso cierta vez honrar un pueblo a su juventud. Porque se lo debía todo: honor, grandeza, pujanza. Y los jóvenes de ese pueblo eran osados y esforzados, perseverantes y magnánimos. Sabían perder. Ignoraban el miedo y el engaño. Cuanto mayor era el obstáculo, más grande era su ímpetu. Y eran veloces como el rayo en el ataque. Y eran sosegados como árboles tranquilos en las faenas de la paz. Eran, verdaderamente, el corazón de su patria.

Y sucedió que su Patria quiso honrarlos, y encomendó a un gran escultor la erección de un monumento que simbolizara la s virtudes de esa juventud.

Y el gran artista esculpió la estatua de un arquero olímpico. Un dios alado. El cuerpo enhiesto. Los músculos vibrantes. Los ojos aguileños clavados en el horizonte. El pie izquierdo saliente. El derecho algo contraído soportando el peso del cuerpo. Y mientras la siniestra mantenía el arco rígido, la diestra retenía la cuerda tensa con la flecha voladora.

—Parece un dios — dijo alguien contemplando la soberbia escultura —. Es una grandeza sobrehumana.

Y el escultor, gravemente, respondió:

—No es un dios. Pero es el impulso que lleva hacia los dioses. Es el arquero divino.

Y desde entonces un arco y un arquero traspasados de coraje, simbolizan la misión de toda juventud.

Porque toda juventud es una lucha, y toda lucha es un deber.

Respetamos la tradición. Aceptamos el imperio de las instituciones. Rindamos tributo a la madurez de nuestros padres. Honremos la experiencia de nuestros abuelos. Pero seamos, al mismo tiempo, osados e inconformes, porque la osadía y la inconformidad de las almas jóvenes son las dos alas que sostienen el vuelo de las patrias.

Es lógico, es explicable que la sangre se aquiete con los años. Pero es norma biológica que la sangre joven corra impetuosa, ardida de anhelos y entusiasmos. ¿Por qué se critica la vehemencia juvenil? Las grandes revoluciones de la humanidad fueron siempre: ímpetu, llama pura, pasión tenaz y desbordante. Lo mismo el Cristo serenísimo que el César napoleónico, cambian el eje moral o el eje político del mundo, por esa fuerza entrañable y juvenil que tiene el ardor de las nacientes primaveras. Por esa fe, por ese poder de sugestión, por esa voluntad intrépida que nace como los ríos jóvenes de su propio ímpetu vital.

Todo se confabula, es estos días, para negar nuestra pasión de juventud. Sonríen los plutócratas, mañean los políticos, se frotan las manos los envidiosos y lo intrigantes. Hay quienes dicen que todo se hundirá en el silencio y el olvido. Estos son los que nunca tuvieron un arco entre las manos.

Pero nosotros tenemos fe ciega en esta causa que va transformando a sus propios soldados. Creemos en Bolivia. En la nueva Patria que surge de tres millones de almas. Creemos con evidencia solar que se probarán los fraudes impositivos y se devolverán los millones defraudados al Estado. En que se llevará a cabo la reforma tributaria. En una transformación general de la sociedad boliviana, que partiendo de la prensa, del parlamento y de la prédica pública, llegará a las fábricas, a los campos, a las minas, a las regiones más remotas del territorio nacional. Porque este pueblo tiene hambre de renovación y de mudanza. ¡Todo debe cambiar, todo cambiará! Y esta sociedad feudal, oligárquica, anacrónica, que nos legaron nuestros abuelos, está marchando ya a un nuevo tipo de convivencia donde no habrá más indios, blancos, ni mestizos, porque solamente existirán bolivianos.

No importa si nosotros no recogemos la cosecha. Estamos abriendo el surco. Nuestros hijos recojan los frutos. Y todavía serán pocas tres generaciones para redimir a un pueblo.

Rechazamos la precipitación y el desaliento. Porque nunca largas causas se ganaron en cortos esfuerzos. Podemos renunciar a la Jerusalén terrestres, porque creemos en al Jerusalén celeste. Y ésta lucha que parece absurda, que parece ciega, porque para algunos no lleva a ninguna parte, es en verdad la búsqueda sin recompensa porque no trabaja para hoy sinó para el futuro. Es la tarea de los Hombres de Fe. De los que solo quieren servir a Bolivia, cansados de ver que casi todos se sirven de ella con olvido de las leyes divinas y humanas.

Repudiamos los falsos mesianismos y las jactancias fachadistas. No somos los primeros ni seremos los últimos. Muchos mejores cayeron por la liberación económica de Bolivia. Muchos más autorizados siguen luchando por ella. Déjese nos afirmar, con juvenil honradez, que solo somos un puñado de soldados en medio de una muchedumbre en marcha: la muchedumbre boliviana.

Porque ésta es la hora santa de todo un pueblo. La que preparó Saavedra. La que templó Busch. La que anticiparon decenas de líderes, varias generaciones, multitudes de ayer y de hoy. La cruzada redentora de todo un pueblo de la que nadie podrá apoderarse porque es obra del conjunto social.

No importa que la lucha dure un mes, años, generaciones. Un día la victoria llegará. La victoria vive ya, larvada y subterránea, en los pechos de millares de bolivianos que acaso no verán

el sol del éxito final, pero que habrán contribuido con su esfuerzo y con su fe a que otros lo contemplen.

Otros creen en el poder del dinero y en el arma de la intriga. Nosotros creemos en la verdad y en la lealtad. No pactamos con nadie, porque los servidores del pueblo no transan: luchan solo, aislados, cargando toda la miseria humana que les rodea, porque el combate de toda verdadera juventud es uno de corajes y persistencia. Es pura abnegación. Es idealismo puro.

¡Juventud, Juventud! Bolivia es pueblo joven. Por qué desconfiar, por qué desesperar? Un día estas muchedumbres olvidadas crecerán como la línea móvil de nuestras montañas tutelares. ¡Bolivia será la gran nación futura, a despecho de los negadores y los descreídos!

Pero hasta que ese día llegue, siempre habrá una flecha en nuestros arcos para herir el blanco que Bolivia nos señale.

Año Augural

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)